

RAFAEL PÉREZ ESTRADA

El aullido

Estaban sentados frente a frente, y, para mantenerse distanciados y ajenos, hacían solitarios. En la calle, la urgencia del ir y venir de los coches se reducía a un rumor:

—Tan distinto al de las olas —murmuró uno de los hombres abandonando por un instante el solitario. El otro besó el As de Corazones. Indudablemente era un emocional histérico, y ya más tranquilo volvió a sumirse en la tristeza de los naipes. Fue en ese instante cuando la perra aulló. Aulló largo y despacio, desesperada e incansablemente. Los hombres dejaron las cartas en el verde sin vida del tapete. La muchacha, rigurosamente vestida de uniforme, entró trayendo una bandeja. En ella todo estaba dispuesto para el vértigo del martini. Antes de retirarse comentó: —Le han matado los cachorros; no es bueno tanto animal bastardo en esta casa.

Oscureció como oscurece en las películas de Peter Greenaway, es decir, de una manera artificial, casi plástico, y la perra siguió aullando. De pronto, a uno de los gritos, la luna del espejo que reflejaba la soledad de aquellos hombres se abrió. El cristal no había soportado la fuerza del aullido. Luego, la herida del espejo manó sangre. Uno de los jugadores quiso tocarla, sentir en el tacto el dolor de aquel rojo. El otro, sin mirarlo, lo retuvo: —No la toques—le dijo—, ¿no te has dado cuenta de que es sangre de perro? Sólo eso.

RAFAEL PÉREZ ESTRADA

The Howl

They were sitting across from one another. To stay detached, to keep a distance between them, they were each playing solitaire. The urgency of the cars passing outside on the street was reduced to a murmur.

“So different from the waves,” muttered one of the men, abandoning the game for a moment. The other, clearly high strung, kissed the Ace of Hearts. This seemed to calm him and he again immersed himself in the sadness of the cards. In this instant a dog howled. A long, slow howl, desperate and tireless. The men woodenly dropped their cards to the table. A meticulously dressed waitress came in, carrying a tray with everything necessary to commence the dizziness of a martini. Before leaving, she said, “They killed its pups—we’re tired of so many bastard animals in this house.”

Night fell with the artificial, plastic darkness of a Peter Greenaway movie. And the dog kept howling. Abruptly, the glass of the mirror which was reflecting the two men’s loneliness shattered. It couldn’t withstand the force of the howl. Blood began to flow from the mirror shards. One of the players wanted to touch it, to feel the pain in its redness. The other, looking away, stopped him: “Don’t touch it,” he said. “Don’t you realize it’s just dog’s blood? Nothing more.”

translated by Steven J. Stewart